apercibidos con las armas de la inteligencia. El garbo y apostura de los años mozos las enaltece y pone en condición de hermosura sin par, como acaeció con muchos próceres; no las reemplaza, sin embargo, y por esto veréis que los helenos buscándole tutela a la República y decoro final al Partenón, alzaron delante del milagroso peristilo, no la estatua de los púgiles a quienes aplaudían en el estadio, sino la de aquel numen. mito de inteligencia arreado para todas las batallas, la armígera deidad, la juvenil Minerva!

Señores:

Por allá en los libros homéricos se describe el rito máximo con que los grandes jefes pretendían encadenar la fortuna, aprendiendo la verdad y descifrando el ciclo advenidero en los oráculos de los antepasados victoriosos. Sobre un surco fatídico inmolaban víctimas copiosas y al levantarse de la tierra, como un aliento vivo, el cálido vapor de la sangre vertida, se tenía por cierto que acudían los inmortales a recibir la ofrenda y a conversar con los humanos.

Probable es que penetrando el misterio de esta arcaica observancia, hallemos patente el imperativo tradicional que nos fuerza a buscar en el ejemplo y en la sabiduría de los que nos precedieron el punto de apoyo y la piedra de toque que han menester las hazañas ulteriores para ser venturosas. Pero los griegos me darán licencia para ensanchar el símbolo y ver con vosotros en la inmolación de las víctimas y en el humear de la sangre, la imagen del sacrificio que debe emancipar a la República, de la insensatez, del egoísmo y la codicia, de la discordia, nodriza y maestra de crueldades, y de la ignorancia de lo justo, que atosiga a los pueblos con el prejuicio torpe y con la pertinacia criminal. Solamente así podremos conciliarnos la mirada benigna y alentadora de los próceres.

EL COLEGIO DEL ROSARIO, CUNA DE LA REPUBLICA

POR ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

Entre los muchos títulos que adornan al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y le dan un puesto entre los insignes Institutos de la América Española, uno de los más envidiables es el que por consenso unánime se le ha otorgado de Cuna de la República

¿Cómo y por qué merece nuestro Colegio este magno calificativo? ¿Qué relación tiene con el carácter tradicional de ese Instituto que surgido en los tiempos coloniales, se ofrece como un faro que irradia su luz potente sobre la oscuridad del porvenir?

Hay grandes hombres que son como la síntesis de una edad que termina: tienen la vista vuelta hacia lo pasado, todas las raíces de su pensamiento y de su corazón se hunden en lo que fue y está a punto de desaparecer. Otros, firmemente arraigados en su época, tienen la vista dirigida hacia lo futuro; presienten lo que va a nacer; y se hacen, hasta cierto punto, contemporáneos de una edad que no alcanzarán a ver con sus ojos mortales, pero que han entrevisto con la intuición del genio. De éstos es Fray Cristóbal de Torres.

Este "verdadero discípulo de la doctrina del angélico doctor Santo Tomás", como lo apellida el gran Quevedo al dedicarle, con suma reverencia, su ascético tratado de **La cuna y la sepultura,** era un verdadero magnate del Renacimiento, uno de esos Mecenas de las ciencias y las artes, que honraron al episcopado español. Porque cuando se habla de las caudalosas rentas de que disfrutaban los altos dignatarios de la Iglesia, es bueno recordar que frecuentemente se gastaron en servicio de la patria y de la cultura. Durante la Edad Media solían emplearse en la obra redentora de la Reconquista, en poner valla a la invasión musulmana, que sin la heroica resistencia de los cristianos españoles, habría podido destruir la civilización cristiana y europea. En la célebre batalla de las Navas de Tolosa al lado del

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

monarca estaba el Arzobispo de Toledo Jiménez de Rada. Pero estas luchas constantes no amenguaban el interés por la cultura. El Arzobispo Don Raimundo, titular de la sede toledana y Canciller del Emperador Alfonso, fundó el célebre colegio de traductores orientales, iniciativa, que según Renán, "tuvo influencia decisiva sobre los destinos de Europa". En los umbrales del Renacimiento se levanta la austera figura del gran Cardenal Cisneros, que consagró sus rentas a hacer de la Universidad de Alcalá un emporio del saber, un santuario del humanismo y que fue un insigne protector de las ciencias y las artes, a cuyo patrocinio se debieron publicaciones como la inmortal de la Biblia políglota, en la cual se imprimió, por primera vez, el texto griego del Nuevo Testamento.

De la madera de estos grandes Prelados era Fray Cristóbal de Torres, protector de los indios, amigo de la juventud estudiosa. Pensando en lo por venir, hizo construir un magnífico claustro, que sin duda debió parecer desproporcionado para una ciudad pequeña como Santafé; y que hoy mismo ofrece ancho campo a la república estudiantil que lo puebla. Dotó al Colegio de propiedades y rentas con largueza de príncipe; y quiso que allí se formase una juventud hidalga, según la mente de Santo Tomás de Aquino, en lo filosófico; según los adelantos de la ciencia en todos aquellos campos que Dios entregó a las libres disputas de los hombres. Y organizó su colegio, no bajo el régimen de una monarquía absoluta, sino de una forma democrática y republicana, que practicada fielmente por siglo y medio, debía dar, en los comienzos de la centuria pasada, frutos de libertad e independencia. ¿Tuvo acaso, el señor Torres, alguna intuición genial del futuro destino del país? ¿Entrevió, con su perspicacia de hombre superior, la hora lejana en que esta colonia, como las demás de América, llegarían, por el curso natural de los hechos, a adquirir conciencia de sí misma y a reclamar una vida autónoma e independiente- ¡Quién puede saberlo! Lo cierto es que entre los que echaron los cimientos de la nación colombiana, debe contarse ese fraile dominico, que debajo de la púrpura prelaticia, vestía el hábito blanco de la Orden que con más energía propugnó el Tribunal de la fe.

Así que al estallar los primeros movimientos de emancipación, los hijos del Colegio del Rosario acudieron presurosos a ofrecer su sangre por la patria. Recibió entonces el claustro secular otra consagración gloriosa, la del martirio. La sangre generosa que corrió entonces en los campos de batalla y en los patíbulos del Pacificador, ungió para siempre estos muros, haciéndolos sagrados. La República hubiera debido otorgar al Instituto de Fray Cristóbal la medalla del heroísmo, en memoria de tantos hombres ilustres que sacrificaron su vida por la patria. A varios de ellos los albergó en su seno, hasta el último instante, a manera de madre que quiere calentar en su regazo al niño moribundo. ¿Quién puede subir la escalera principal del claustro, sin recordar que por allí mismo descendió, embargado de trágica emoción, para la **larga y negra partida,** el gran Caldas, llevando en su cerebro un mundo que pocos instantes después iban a volver pedazos las balas españolas? Recuerdos de esta clase elevan y fortifican el espíritu; son una lección permanente de heroísmo y de virtud y comprometen a cada nueva generación para no mostrarse indigna de la que le dejó tan altos ejemplos para eterna imitación y memoria.

Es tan grande el enlace que existe entre el Colegio del Rosario y la obra emancipadora, que hasta en la iniciación del movimiento revolucionario en el Nuevo Reino de Granada, figura el nombre de un hijo del Instituto. Nuestro actual Rector ha puesto en claro que don Antonio Morales, el que dio origen al alzamiento el 20 de julio de 1810 con el bofetón dado al español Llorente, había sido estudiante del Colegio Mayor. Ese bofetón simbólico continuó resonando en el país, en medio de las vicisitudes de aquellos tiempos calamitosos, hasta encontrar su eco final en el cañoneo de Boyacá, que fue la salva triunfal de la independencia de Colombia.

Y esta tradición patriótica se ha perpetuado. El varón insigne que mereció ser llamado el segundo fundador del Colegio del Rosario, porque en una labor de más de treinta años lo restauró espiritual y materialmente, llevaba sangre de próceres en las venas y mantuvo encendida la lámpara de la gratitud y de la veneración ante el ara de los mártires de la patria. Bolívar y Nariño recibieron el homenaje de su palabra elocuentísima. En la conmemoración del primer centenario de la proclamación de la independencia tuvo el Colegio del Rosario puesto preeminente. Monseñor Carrasquilla hizo en Lima, con majestad de prelado romano, el elogio del Héroe de Colombia. Y tan seguro estaba de ser fiel al espíritu de Fray Cristóbal, que quiso que la efigie de éste presidiese los festejos en homenaje a la libertad, y con la cooperación de todos los hijos del Rosario, levantó en el centro del patio principal la hermosa estatua, en cuya inauguración llevó la palabra el doctor Nicolás Esguerra, otro gran patriota y orador insigne, que agregó un nombre más a la lista de ilustres rectores del Colegio.

La antorcha que mantuvo en alto Monseñor Carrasquilla ha pasado dignamente a las manos del actual, ilustre Rector, heredero de su alta elocuencia, de su amor a las letras y de su entusiasmo patrio, como lo demuestra el hecho de que, por obra suya, la nota más alta que se dio en Colombia en la reciente conmemoración centenaria de la muerte del Libertador, no resonó en la plaza pública, sino en el recinto de la Catedral de Bogotá.

Cuando se frecuentan los claustros del Rosario (y el que esto escribe lo ha hecho habitualmente desde hace más de cuarenta años), se comprende que el Espíritu de Fray Cristóbal de

Universidad del Rosario Archivo Histórico

Torres sigue presidiendo la marcha de su amado Instituto. Su estatua no se encuentra aislada en medio de las generaciones juveniles. Entre ella y sus nuevos hijos puede entablarse a todas horas un diálogo mudo, pero elocuente, sin que sea óbice para que se entiendan fácilmente la distancia de siglos que separa al fraile español del siglo XVII de la juventud del siglo XX. Los muertos tienen derecho a mandar, cuando en su palabra y en su acción hubo gérmenes fecundos de progreso y de vida.

MEMORIAL DE AGRAVIOS

POR CAMILO TORRES

Colegial de Número, Vicerrector y doctor en Jurisprudencia del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Señor: Desde el feliz momento en que se recibió en esta capital la noticia de la augusta instalación de esa Suprema Junta Central, en representación de nuestro muy amado Soberano, el señor don Fernando VII, y que se comunicó a su Ayuntamiento, para que reconociese este centro de la común unión, sin detenerse un solo instante en averiguaciones que pudiesen interpretarse en un sentido menos recto, cumplió con este sagrado deber, prestando el solemne juramento que ella le haba indicado; aunque ya sintió profundamente en su alma que, cuando se asociaban en la representación nacional los diputados de todas las provincias de España, no se hiciese la menor mención, ni se tuviesen presentes para nada los vastos dominios que componen el Imperio de Fernando en América, y que tan constantes, tan seguras pruebas de su lealtad y patriotismo acaban de dar en esta crisis.

Ni faltó quien desde entonces propusiese hacer esta respetuosa insinuación a la soberanía, pidiendo no se defraudase a este Reino de concurrir por medio de sus representantes, como lo habían hecho las provincias de España, a la consolidación del Gobierno, y a que resultase un verdadero cuerpo nacional, supuesto que las Américas, dignas, por otra parte, de este honor, no son menos interesadas en el bien que se trata de hacer y en los males que se procura evitar; ni menos considerables en la balanza de la monarquía, cuyo perfecto equilibrio solo puede producir las ventajas de la nación. Pero se calló este sentimiento, esperando a mejor tiempo, y el Cabildo se persuadió de que la exclusión de diputados de América, solo debería atribuirse a la urgencia imperiosa de las circunstancias, y que ellos serían llamados bien presto a cooperar con sus luces y sus trabajos, y, si era menester, con el sacrificio de sus vidas y de sus personas, al restablecimiento de la monarquía, a la restitución del Sobe-

Universidad del Rosario | Archivo Histórico